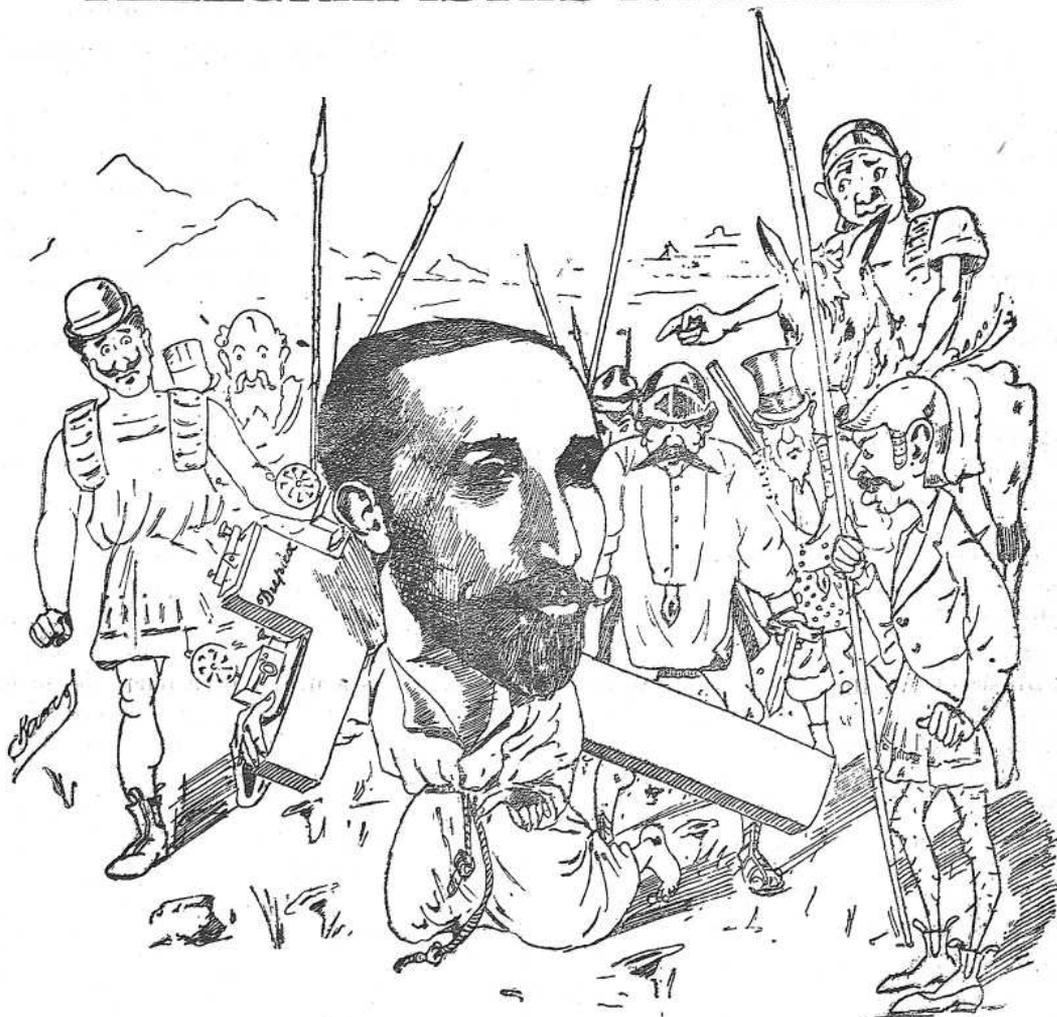




TELEGRAFISTAS NOTABLES



Santano un *duplex* creó
perfecto como ninguno,
y... decir no es oportuno
el premio que recibió.
Todos sabéis, como yo,

que fué su vida un infierno,
pues que así premia el gobierno
al que se dá malos ratos.
¡Cualquiera inventa aparatos!
¡Como no inventen... un cuerno!

Madrid 29 de Noviembre de 1892.

LOS DISTRAÍDOS

Somos muchos, muchísimos.

Y digo *somos*, porque yo también he chupado inadvertidamente la brocha de la *tinta de aparatos* y he enlodado la *rueda impresora* con la ceniza del cigarro.

La *tinta de aparatos* sabe á demonios, dicho sea de paso.

¡Cuántas veces me he sorprendido á mí mismo cepillando mi gabán con las vinajeras ó peinándome con el fuelle de la cocina!



¡Cuántas otras he tratado de abrazar á una chica vecina mía, muy reguapa por cierto, confundiéndola con mi mamá política!

Ustedes creerán que exagero; pero yo les doy mi palabra de que ello ha sucedido tal y como lo cuento.

No hay otro remedio sino convenir con el filósofo que consideró al individuo compuesto de una inteligencia y una bestia. Cuando la inteligencia da en la flor de hacer excursiones frecuentes á los tan renombrados cerros de Ubeda, la bestia, sin freno, hace las mayores tonterías.

Y menos mal cuando el individuo reúne ambos componentes; que también los hay á quienes falta la primera parte. Esto último se le quedó en el tintero al filósofo, ó lo calló per sabido.

Lo cierto es que entre los distraídos me cuento, y he de ver el modo de defenderlos; que el hacer otra cosa, sería indigno de mi amor propio.

Y como ya es corriente el procedimiento de hacer resaltar los defectos ajenos para tratar de encubrir los propios, comparémos los distraídos de buena fe con los hipócritas é interesadamente distraídos.

Estos últimos son peligrosísimos, y abundan como la mala hierba.

Mil veces habrá acontecido á ustedes el ver cómo un amigo se guarda bonitamente la caja de cerillas que no le pertenece, ó se pone á mirar al techo fijamente cuando viene el mozo de café á cobrar. Desconfíen ustedes del tal amigo, sobre todo si no media la confianza suficiente para decirle:

—¡Eh, tú; si quieres cerillas, cómpralas!—ó

—¡Compañero, hoy le toca á usted pagar!

La mayor parte de los amigos á quienes prestamos dinero ó prendas de vestir, se distraen y se quedan con ello para siempre.

Estas son las distracciones punibles. Las otras, las inofensivas, provocan una sonrisa benévola y compasiva, y hasta son simpáticas; porque, si la coincidencia es graciosa, son causa de general regocijo.

De lo dicho se desprende que el ser distraído *de veras*, viene á ser una gracia natural, como la de tocar la pandereta ó la de echar las cartas.

**

Ventura era distraído de veras.

A dos por tres se introducía el cigarro en la boca por el extremo encendido, se limpiaba las narices con la cédula de vecindad ó sacaba del bolsillo una chuleta empanada que había guardado en lugar de la petaca.

Un día de Carnaval, Ventura tuvo la desgraciada ocurrencia de vestirse de máscara para dar broma á los amigos.

Del disfraz se encargaron unas primas suyas, y sacaron, como quien dice, *el fondo del cofre* para cambiar, exteriormente, el sexo de Ventura.

Enaguas bordadas, pantalones con volantitos de encaje, medias de seda, ligas de pompón, corsé, falda, manteleta y sombrero con plumas, convirtieron á nuestro amigo en una institutriz extranjera bastante aceptable.

A Recoletos fué, luciendo escandalosamente medias, ligas y pantalones, y buscando á los compañeros francos de servicio para echarles en cara sus respectivas debilidades, parapetado tras de la careta.



Pero le conocían todos.

Además de dejar escapar su fraseología habitual y característica, se olvidaba siempre de fingir la voz y usaba la suya propia que, por lo atiplada, no se confundía con otra alguna.

El primer grupo de telegrafistas con que tropezó no le abandonó en toda la tarde.

Digamos, entre paréntesis, que en las diversiones populares y gratuitas, nunca faltan grupos de éstos.

Apenas soltó Ventura el primero de sus «¿Me conoces?», cuando todos sus compañeros dijeron á coro:

—¡Ventura! ¡Hombre, sólo eso te faltaba!

—¿El qué?—preguntó algo corrido.

—Ese traje. Tienes voz de mujer, nombre de mujer, y...

—¡Y puños de hombre para romperte las muelas!—contestó Ventura perdiendo los estribos.

—¡Já, já, já! ¡Vaya una máscara divertida! ¿Vienes á embromar ó á buscar camorra?

—¡Chico! ¡A ver, á ver! ¡Qué medias!—decía uno.

—¡Y qué ligas! ¡La ilusión es completa!

—Pero, ¿veis qué encantos guardaba este demonio de Ventura y no sabíamos nada?

Y uno le pellizcaba las pantorrillas, otro le besaba en la careta, un tercero le estrujaba los algodones que simulaban redondeces femeninas... Total: que el embromado fué Ventura. Acabó por quitarse la careta, porque le molestaba demasiado, y porque era inútil. Con sus distracciones se daba á conocer á todo aquel de sus compañeros que venía á engrosar el grupo.

Poco después de descubrirse la cara, un *pirot* de de percalina azul y blanca se le vino encima, y le gritó con chillona voz de falsete:

—¡Más te valía cumplir con tu obligación, holgazán, que son las siete y media y entras de servicio á las siete!

—¡Toma, pues es verdad!—exclamó consternadísimo Ventura, que había olvidado lo de la *guardia*.

Completamente remangado y en medio de las burlas de la gente y de las silbas de los chicos, subió á carrera tendida la calle de Alcalá y llegó á la *Central* echando los bofes.



Así se acordaba Ventura de su traje de mujer, cuando entró precipitadamente en el despacho del *Director de servicio*, como de las *fracciones continuas* que nunca llegó á entenderlas.

—¡He venido un poco tarde... porque... mi tía... está muy enferma y he tenido que velarla!...—Dijo Ventura sin saber lo que decía.

—¿Eh?... ¿Quién es usted?—dijo el jefe despertando de su modorra habitual.

—¿Yo?... ¡Ventura!—contestó con su voz de tiple de la Capilla Sixtina.

—¡Ah, Ventura!—dijo con voz dulcísima el Director, que era tan corto de vista como feo y tan mujeriego como corto de vista.

—Siéntese usted. Lo del retraso ya se arreglará.

Ventura no se atrevió á sentarse y se quedó estupefacto ante la amabilidad de su jefe, que se ladeaba el gorro sobre la bruñida calva y se le acercaba con aire cariñoso.

—Siéntese usted—repitió el jefe, concentrando la poca vista que le quedaba en las medias de Ventura. Este tomó asiento y el Director á su lado.

—Pues sí, señor; mi tía...

—¿Vive usted con su tía?

—No, señor.

—¡Ah! ¿Vive usted solita?



—¿Cómo solita!...?—dijo Ventura levantándose en un magnífico rasgo de pudor ofendido.

—No tenga usted prisa. Ya atenderá á su aparato otra *señorita auxiliar*...

—¡Don Cosme, que soy Ventura Sánchez, el *copin* de Burdeos!

—¡El *copin*! ¡En ese traje! ¡Y viene usted de velar á su tía! ¡Queda usted suspenso de empleo y sueldo!

¡Hasta entonces no recordó Ventura que llevaba enaguas bordadas y pantalón con volantitos de encaje!

ESTEBAN MARÍN.

Noviembre 92.

¡Que le den los nueve!

Érase una hermosa tarde.

Rendido el sol en su marcha,
jadeante y fatigado,

al ocaso declinaba;

que no se recorre en balde
una distancia tan larga.

El ya moribundo día
triste suspiro exhalaba,
pidiendo un beso al crepúsculo
y á la noche una mortaja.

El vigía de los cielos
parecía estar de guardia,
pues dejaba silencioso
del mar las tranquilas aguas.

¡Pobre y compungida luna,
con su cara azafranada,
que ha llegado á estar anémica
con tanto llamarla pálida!

Media docena de estrellas
loquillas y casquivanas,
descorrían de su lecho
las cortinas de azul gasa,
y al lucero de la tarde
lanzaban tiernas m radas.

Él respondía con guiños
y continuaba su marcha
orgullosa y suplicante,
dejando á las desgraciadas
de pechos á sus ventanas.

Esto pasaba en los cielos.
En la tierra estotro pasa:

Tibia y perfumada brisa
extiende sus blandas alas,
y por do quiera respírase
grato ambiente y dulce calma.

En una casa morisca,
asomada á una ventana
que fuertes rejas protejen
y afiladas puntas guardan,
se ve una preciosa niña,
en cuya divina cara
quince floridos abriles
depositaron sus gracias.

Triste se halla y pensativa,
y dos silenciosas lágrimas
por sus mejillas deslízanse
para besar su garganta.

¿Quién causa á tanta hermosura
tanto duelo y pena tanta?
¿Por qué abatida suspira?
¿Por qué lágrimas derrama?

¡Pobre niña! El tierno amante
que juróle amor sin tasa;
amor en quien ella espera;
amor á quien dió su alma...
¡Es un pobre Temporero!...
¡¡Siete reales!!! ¡¡No hay casaca!!!...

VICENTE DÍEZ DE TEJADA.

CHARADA

Aprovecho el *tercia-cuarta*,
puesto que el *todo* está quieto,
dos-tres, salga bien ó mal,
tenga ó no tenga defectos,
hacer mi primer charada.
¡Carambal... como soy nuevo
en esto, no *cuarta-dos*
fácilmente mi cerebro
con una palabra fácil
con que poder hacer eso...
¡Soy más torpe que un *dos-cuarta*
¡Vaya, señores, lo dejo!

JOSÉ M. RUBIO.

Geroglífico



SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

Á LA CHARADA CA-I-DA

AL GEROGLÍFICO

Se desea saber qué suerte nos reserva el nuevo Reglamento.

Telegramas en lista

Sr. D. P. A.—Villarcayo.—Se publicará.

Uno.—Barcelona.—No es indispensable que *la cosa* sea telegráfica. Lo que sí debería serlo es el contar las sílabas. ¡Si viera usted qué cosas tengo delante!

Un compañero.—Se publicará el geroglífico con *incógnito* y todo.

Si remitiese algún otro, haga mayores las figuras, que el *fotografado* se encarga de reducirlas al tamaño conveniente.

Sr. D. T. P. L.—Madrid.

«Encontrándome yo de guardia
»con la mano en el martillo,
»se acercó el jefe de aparatos
»que tiene el bigote como un cepillo.»

¡Créame usted á mí y no deje el *martillo* de la mano...!

M. Romero, impresor, Tudescos, 34.